

DC203

N67

v.1

+2

1829



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156546

HISTORIA
DE
NAPOLEON.

LIBRO QUINTO.

GOBIERNO DIRECTORIAL.

CAPITULO PRIMERO.

JORNADAS DEL 18 Y DEL 19 BRUMARIO AÑO VIII.

(9 y 10 de noviembre de 1799.)

El general Bonaparte fue recibido al desembarcar en Frejus con un entusiasmo inaudito que le sorprendió; esta exaltacion del público tenia un carácter diverso de la que habia producido la gloria del héroe de la Italia, pues la muchedumbre no saludaba al vencedor

TOMO II.

de los Turcos , al conquistador del Egipto , sino al LIBERTADOR de la Francia. Esta voz fue un oráculo , y desde aquel momento conoció todo el favor de la fortuna , que volvia á llevarle á su patria. ¿ Pero qué era Frejus con respecto á la capital ? ¿ Qué eran los habitantes de aquella pequeña ciudad de marineros en comparacion del pueblo de la gran ciudad , que habia proclamado todos los fastos de la revolucion , de aquel pueblo que autor , testigo y víctima de sus tempestades , sobrevivía con el privilegio de prescribir ó de dispensar los triunfos ? Bonaparte , *el egipcio* , no podia temer en Paris los recuerdos del 13 vendemiaire , brillantemente amnistiados por los trofeos de Bonaparte *el italiano*. Sin embargo , como en aquella época los Parisienses no estaban aun hartos de victorias , Bonaparte tuvo por conveniente hacerse preceder por el boletin de la batalla de Aboukir , que le presentaba cubierto de las palmas del Oriente.

Al pasar por la isla de Córcega , y despues al desembarcar en Frejus , pudo enterarse del estado fatal en que se hallaba la Francia , que le habia sido indicado en Egipto por los diarios de Francfort. Los Chuanes asolaban la

Bretaña con sus robos y sus crueldades ; la guerra civil , encendida con un nuevo furor en el Oeste , iba cundiendopor el departamento del Eure hasta las inmediaciones de Paris ; y hácia el Mediodia , amenazaba invadir á Burdeos y á Tolosa. La Italia entera gemia bajo el yugo de los Austro-Rusos , sus nuevos dueños. Joubert , enviado á ese pais por el partido de Sieyes , por adquirir , á la cabeza del ejército y por sus hazañas , la importancia y la popularidad necesarias para un gran papel político que se le destinaba , habia muerto en la batalla de Novi. Bonaparte discurrió que volvia á aparecer en el momento crítico , no para vengar á Joubert ó al Directorio , sino para volver á hacerse dueño de la cuna de su grandeza. Esta conquista le lisonjeaba tanto mas , quanto Masena , el hombre de todas las victorias de Italia , habiendo destruido en Suiza el último cuerpo del ejército de Suwarow , podia volverse á hallar todavía , como en 1796 , cara á cara con el Austria sola , y esperaba poder dictar la paz otra vez á su alvedrío. Pero lo que sobre todo llamó la atencion de Bonaparte , fue ver al Directorio caido en tal desprecio á los ojos de la Francia , que ni siquiera se le agradecian

los sucesos de Massena en Italia, y de Brune en Irlanda, y todo el lustre de las victorias de Zurich y de Bergen redundaba únicamente en beneficio de estos dos generales.

Bonaparte dió el primer ejemplar de aquella propiedad de la gloria; pero hasta entonces, ningun otro, sino él, habia podido hacerse independiente del favor ó de la desgracia de los gefes del Estado. Cuando vió que Massena y Brune se hallaban por la fuerza de las circunstancias admitidos á disfrutar la misma prerogativa, juzgó que la hora del Directorio y la suya propia habian llegado; sin duda no hay señal mas infalible y mas enérgica de la decadencia de un gobierno que esta parcialidad pública, que no solo atiende á las desgracias y á las adversidades.

El 9 de octubre, á las seis de la tarde, Bonaparte salió para Paris con Berthier, su gefe de estado mayor perpétuo. Desde Frejus á la capital su marcha fue un triunfo continuo. En Aix, Aviñon, Valencia, Viena, y sobre todo en Leon, fue recibido con honores extraordinarios y casi soberanos. Las fiestas y los regocijos públicos iban sucediéndose de trecho en trecho, y tanto las autoridades como el pueblo

manifestaban un júbilo extremado. No le pudo quedar duda de que la Francia, como si hubiese adivinado el porvenir, le miraba como á su libertador. Admitió estos presagios de suceso, y llegó el 16 á Paris, no solo sin el menor remordimiento de haber abandonado el mando de Egypto; pero bien convencido de que no habia hecho sino obedecer á la voluntad nacional. El Directorio solo instruido por la Fama, y testigo del entusiasmo que excitaba la presencia de Bonaparte, estaba tan ciego y tan confiado en lo que los políticos llaman el estado de posesion, que no cobró recelo ninguno de la manifestacion de la opinion pública, y se dispuso tambien á festejar á su desertor de Egypto.

Despues de la muerte de Joubert, y á la vuelta á Paris de Moreau que acababa de ilustrarse con haberse puesto á la cabeza de nuestro ejército empeñado en una accion terrible con los Rusos, Sieyes y sus amigos habian dirigido sus miradas hácia este general. Pero Moreau, habiendo oido la noticia del desembarco de Bonaparte, dijo á los directores. «Ya no os hago falta; he aquí el hombre que necesitais para un movimiento; dirigios á él.»

Estas palabras de Moreau dan la medida de las combinaciones estrechas del Directorio que creia volver á cubrir el crédito y la fuerza con obrar un *movimiento*; prueban tambien que Moreau no penetraba mejor que los gobernantes las consecuencias inevitables de esta llegada tan imprevista de Bonaparte. El Directorio encharcado en las sendas de la revolucion no sabia lo que todo el mundo sentia en Paris; ignoraba cuanto se decia en las reuniones públicas y particulares, y no veia que se presentaba un partido nuevo que iba á dominar á todos los demas. Este partido era el ejército, que habiendo aparecido solemnemente el 18 fructidor sobre el teatro político, se disponia á aprovechar el ascendiente funesto que se le habia dado imprudentemente en aquella época. El vencedor de Tolon, de Vendemiaire, de Italia y de Egipto, era el representante de aquel partido, el único temible en adelante. Seguramente el atrevido violador de los reglamentos de sanidad no habia quebrantado aun todas las leyes militares y civiles para venir á ofrecer su apoyo al Directorio.

Bonaparte juzgó muy bien el efecto produ-

cido por el boletin de Aboukir sobre los habitantes de la capital. En todos los teatros se dió aviso de su llegada como de una prosperidad pública. Esta circunstancia sola bastaba para determinarle. Conoció que Paris entraba en su secreto y en sus esperanzas. En efecto, fue acogido por una conspiracion general y rodeado de repente de amistades y de intereses imprevistos. Al dia siguiente, 17 de octubre, fue al Luxemburgo donde expuso, en sesion particular, la situacion del Egipto; declaró á los directores, que habiendo sabido las desgracias de la Francia, habia venido únicamente á defenderla. Juró sobre la espada que su venida no tenia otro motivo, y que por su parte no tenia ninguna otra intencion.

Bonaparte, pues, no se hallaba autorizado por sus instrucciones á abandonar el Egipto, cuando lo tuviese por conveniente; así debe mirarse como una fábula el supuesto parte del Directorio que le llamaba. Los cinco directores, divididos, no en tres facciones, sin en tres intrigas, admitieron cada uno por sí este juramento militar. Con todo, queriendo evitar sospechas ó el decidirse por uno ó por otro, Bonaparte siguió el género de vida retirada,

que habia adoptado en otras circunstancias. Se presentaba muy poco en público, y cuando iba al teatro siempre se colocaba en un palco cerrado, trataba únicamente con algunos sábios, y solo admitió los convites de los directores en clase de particulares. Sin embargo, no pudo negarse al banquete que le ofrecieron los dos consejós en el templo de la Victoria (iglesia de San Sulpicio); pero apenas estuvo un momento en aquella especie de fiesta de donde salió con Moreau.

Paris miraba con cierto respeto esta soledad de Bonaparte despues de sus hazañas gloriosas; y la opinion pública discurría que alguna combinacion de estado del mas grande interes ocupaba incesantemente el pensamiento del héroe. El público raras veces se equivoca sobre los acontecimientos que estan por estallar, y en esta circunstancia, tenia para no equivocarse un motivo poderoso que era su propia participacion á la conspiracion contra el Directorio. Aunque Bonaparte no hubiese venido de Egipto con el plan formado de mudar el gobierno de la Francia y ponerse á la cabeza de los negocios, la opinion pública le hubiera obligado á hacerlo. El estado verda-

dero de las cosas le fue descubierto por unos observadores expertos, cuales eran, Cambaceres, Rœderer, Real, Regnault de San Juan de Angely, Boulay del Meurthe, Daunou, Chenier, Maret, Semonville, Murat, Bruix, Talleyrand y Fouché de Nantes. Todos instaban á Bonaparte para que se pusiese á la cabeza, no de un movimiento, sino de una revolucion. He aquí el estado de los partidos que era preciso ó abrazar ó combatir en el interior. Jourdan, Augereau y Bernardotte figuraban entre los principales de la faccion democrática, conocida bajo el nombre del *Picadero*. Esta faccion que tenia relaciones con los directores Moulins y Gohier, presidente por entonces del Directorio, se componia de los revolucionarios republicanos. Se hicieron confidencias á Bonaparte por este partido; las admitió, y aparentemente entraba en los planes de Gohier y de Moulins. Sieyes dirigia á los políticos y á los moderados que tenian asiento en el consejo de los ancianos. Proponia á Bonaparte la ejecucion de un golpe de estado, meditado muy de antemano, y le presentaba una constitucion, silenciosamente redactada. Roger Ducos, la sombra de Sieyes,

se hallaba siempre comprendido de derecho en todas las opiniones de su colega. En cuanto á Barras, colocado á la cabeza de los especuladores, y de los hombres de placer, era un ambicioso de serrallo, único de su clase en el Directorio; estaba titubeando entre los dos partidos, deseando deshacerse de uno y de otro. Este era el motivo de la acogida que hizo á Bonaparte, que le llamaba *jefe de los podridos*. Existia un cuarto partido, compuesto de los consejeros de Bonaparte, que rechazaban igualmente á la demagogia de Gohier, á la metafísica de Sieyes y á la corrupcion de Barras. Entre ellos figuraba Fouché, entonces ministro de la policía del Directorio. Se habia separado de los republicanos, sus primeros amigos, y á la llegada de Bonaparte, empezó con el Directorio á poner en obra el sistema, que ha seguido constantemente con todos los gobiernos que ha habido en Francia. Sus servicios fueron admitidos porque se hallaba en situacion de perjudicar al general; fue preciso recibir las proposiciones de Fouché como una necesidad. Pero como en aquel mismo momento estaba vendiendo al gobierno, su posicion era peligrosa, así es que tuvo que

contentarse con ser oído, y la confianza no pasó mas adelante. Bonaparte acogia asimismo los avisos y las instancias de otro ministro que su desgracia reciente, causada por el influjo *del Picadero*, incitaba á tomar un color mas franco, y á lograr mas crédito que Fouché. Este ex-ministro era el ciudadano Talleyrand-Perigord; ninguna fidelidad debia al Directorio, y por sus antecedentes, y la naturaleza de su espíritu, tenia sin duda mas razon que el revolucionario Fouché de estar disgustado con la República y sus gobernantes. Reinaba mucha division entre estos últimos. Trabajaban separadamente y con ardor acerca de Bonaparte á la destruccion de su propio poder. Tal es el boletin conocido de las conspiraciones. Pero la que dirigia Bonaparte atraia á todas las demas, lo mismo que un planeta atrae á sus satélites.

Bonaparte estaba resuelto á disolver el Directorio; pero no queria fuese por medio de una revolucion, sino por una mudanza, como lo habia propuesto inútilmente con respecto á la Suiza y á los Estados pontificales antes de salir para Egipto. Bonaparte era aficionado á la guerra, y el menor tumulto popular le hor-

rorizaba. Para lograr sus fines existia un camino constitucional indicado por Sieyes y por el artículo III de la constitucion , que atribuia al consejo de los ancianos el poder de trasladar los dos consejos fuera de la capital. Con esta medida legal, el Directorio se hallaba aislado. Bonaparte discurrió que el momento de entenderse con Sieyes habia llegado , en razon del influjo inmenso de este director sobre el consejo de los ancianos. Bonaparte le conocia desde mucho tiempo , y se inclinaba á entenderse con él ; sin embargo los amigos del general le instaban que se viese con Barras ; comió con este director el 30. Despues de la comida, Barras le dió á conocer que deseaba retirarse , y que era necesario dar á la Francia otra forma de gobierno. Segun él, el general Hedouville era el único que conviniese para la presidencia de la nueva república. La confianza era poco diestra. El nombre de Hedouville ocultaba el de Barras, que pudo conocer por una mirada de Bonaparte que éste le habia adivinado. Dejó á Barras irritado de que el director hubiese querido burlarle y fue inmediatamente á verse con Sieyes, con quien no tardó mucho en componerse. Quedó

convenido que Sieyes procuraria decidir al consejo de los ancianos á tomar la resolucion autorizada por la constitucion, y que, si fuese menester, Bonaparte apoyaria con la fuerza militar la decision de aquel consejo. Los dos conspiradores acordaron la ejecucion de la empresa, para desde el 15 hasta el 20 de brumaire (6 á 11 de noviembre 1799). Por la mañana siguiente, Barras, á quien sus amigos reconvinieron sobre su conversacion de la víspera, vino á ofrecer á Bonaparte tomar parte en los acontecimientos que se estaban preparando, y acabó con ponerse á la disposicion del solo hombre que, segun decia, podia salvar la Francia. Era difícil abdicar con mas franqueza. Bonaparte se mostró menos confiado que Barras, á quien contestó alegando su salud quebrantada, que le obligaba á buscar el descanso. Se advirtió desde aquel momento que Sieyes tomaba lecciones de montar á caballo. Esta noticia sirvió de diversion á la capital, y particularmente á Barras que se burlaba diariamente de su colega.

La guarnicion de Paris, compuesta de soldados que habian servido en Italia, ó que se habian hallado bajo las órdenes de Bonaparte